

¿Me casaré con ella? Si me caso,
será porque con maña paso á paso
irá excitando la flaqueza mía
con su austera virtud, coquetaría
con que Leonor enloquecía al Taso.
¡Cuántos héroes famosos
acabán, como yo, por ser esposos
de mujeres cansadas
que la suelen echar de desgraciadas
después de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi sino
ser feliz, siendo bueno y candoroso,
probando que es verdad el desatino
de que hacen vivir siglos á un esposo
la castidad, las sopas y el buen vino;
y ya en mi Rubicón la suerte echada,
imitaré en mi santo matrimonio
el cariño de Andrea y Celedonio,
que gozan de enramada en enramada,
lo mismo que dos tórtolas dichosas,
la paz que hay en el seno de las cosas
antes que Dios las saque de la nada;
y siguiendo sus huellas,
¿quién sabe si, abjurando mis errores,
volveré todavía á encontrar bellas
la ruda sencillez de los pastores,
las ovejas, las aves y las flores,
la tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI

¡Ah! si cual yo demente,
tomas un día estado,
que te proteja Dios; mas ten presente
que tienes que mandar ó ser mandado,
pues todo esposo bueno y obediente
vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no echés en olvido
que no falta marido
que, al mes de ser dichoso,
¡oh tentación del fruto prohibido!
quisiera ser de su querida esposa,
volviendo á ser de su mujer querido.

VII

¿Te vas al fin? Pues óyeme si quieres
las reglas de moral que te aconsejo:
— De joven sé ateniense en los placeres,
pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.

No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luego.
Si el creer demasiado es ser un ciego,
el no creer en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.
Hoy el tener ó no tener dinero
es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
y si alguna te deja,
la volverás á conquistar, si quieres,
colgándola un diamante en cada oreja.
Procura no encontrar en tu camino
cierta clase de bellas
que forman de la vida un remolino
en el cual todo muere, menos ellas.
Desprecia lo que va por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
en una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
por cuevas empinadas y escabrosas,
pues sólo triunfarás cuando te inclines
del lado de la fuerza de las cosas. —

VIII

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mío? Aunque te asombres,
para mí ya los hombres
sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
como el deber mayor de los deberes,
para todos los hombres el desprecio,
y afecto para todas las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,
pobre y desengañado,
con el humor más negro,
los desprecio ya tanto, que me alegro
de verme por los hombres despreciado.

IX

Adiós; no extrañarás que no te mande
lo que nunca he tenido,
porque yo siempre he sido,
en no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio y tan notorio,
con mucho amor, y sin ningún dinero,
no te mando ni un real, pero te quiero.
Piñera, á diez, *Fabián de Camposorio*.

CANTO TERCERO

CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA, DIRIGIDA Á SU SOBRINO
D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMÍREZ DE ARELLANO

I

Cayetano querido, ¿con que dices
que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡oh prez de la española infantería!
te juro por el Rey Alfonso Doce
que no creo en tu dicha ni en la mía.

II

Yo, que en tiempos pasados,
dí mis pasos primeros
por huertos que tenían alfombrados
con arena del Navia los senderos,
recuerdo que, llorando sin consuelo,
— No te vayas — mi madre me decía,
cuando dejé en mal día
aquel bello rincón del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mía,
con cuánto desconsuelo
y cuánta ingenuidad me prometía
su voz la dicha y su mirada el cielo!

III

Mas la patria dejé; y antes que siga
la historia de mis nuevos sinsabores,
permite que, en honor de mis amores,
me seque estas dos lágrimas, y diga
que mi tío Fabián en sus estados
viviendo, como un tiempo los cruzados,
lloró, casi vecino á la pobreza,
su tiempo y su dinero malgastados,
en cuanto echó de menos con tristeza
el vino de Jerez de veinte gradós
que se sube volando á la cabeza;
y, olvidado y sin gloria,
sintiendo, viejo ya, los sinsabores
de su variada historia,
más que llena de amor, llena de amores,
mi impenitente tío,
probando, como siempre, junto á un río
su pasión por las bellas castellanas,
una noche, pescando hasta la aurora,
cogió con un salmón unas tercianas
al lado de una joven pescadora;
y así una fiebre lenta
puso fin á sus muchos desengaños,
por no tener en cuenta
que el amor, que es un loco á los veinte años,
es un necio del todo á los sesenta.

IV

Y en cuanto al otro tío, que quería
que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
como Dios otro mundo de la nada,
con su vida feliz, algo anticuada,
al lado, siempre al lado de mi tía,
insoportablemente virtuosa,
se murió, para hacer alguna cosa,
por no morirse de fastidio un día;
y ella después, de su marido ausente,
y llena por lo mismo de pesares,
siendo esposa más fiel y más ardiente
que aquella del Cantar de los Cantares,
también murió otro día.
¡Mi generosa tía!
que una vez con el aire más sencillo
me dió un bolsillo en que guardar dinero,
aunque nunca me dió su amor sincero
dinero que guardar en el bolsillo.

V

¡Sólo vivís en la memoria mía,
mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién de aquí en adelante
os nombrará con cariñoso acento,
ahora que mi aliento
se va apagando, instante por instante,
como muere, extinguiéndose en el viento,
de un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adiós, adiós! ¡Aunque es un desconsuelo,
ya vuestro nombre amado
está tan olvidado
como lo está el sepulcro que os encierra;
pues nunca causan á los astros duelo
el que aflijan al suelo
ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
así como no importan á la tierra
las luces que se apagan en el cielo!

VI

Te empezaba á decir, sobrino mío,
que no hallando la dicha apetecida
cuando seguí, como Fabián mi tío,
la izquierda del camino de la vida,
con ciego desvarío
mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
pues hallando allí sombra, aquí vacío,
por el lado del bien llegué al hastío,
por la senda del mal corrí á la muerte.

VII

Ignorando mi ciega desventura
que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
y que, aunque el verlo es una cosa dura,
da más honor un real en el bolsillo

que el llevar una espada á la cintura;
yo con la fe de un ánimo sencillo
tuve ambición, divinidad impura
á quien detesto, al ver en torno mío
fabricantes de leyes
que después de mandar á su albedrío,
los augustos fastidios de cien reyes
no igualan todos juntos á su hastío;
y agente vil de esta ambición de un día,
con un pasar cercano á la pobreza,
pensé en el oro; pero el alma mía
aprendió en su dorada medianía
que no siempre es alegre la riqueza,
ni siempre la miseria da agonía.
¡No hay palacio sin algo de tristeza,
ni choza sin un poco de alegría!
¿Qué importa que las almas codiciosas
tengan por verdadero
que aquello que más vale es el dinero,
porque compran con él todas las cosas,
si, al hacer un examen de conciencia,
tengo el dolor profundo
de ver que, en el bazar de la experiencia,
no compra todo el oro de este mundo
la paz de un solo día de inocencia?

VIII

¡Ay! ¿Y el amor? En el humano juego
que es muy común no ignoro
probar por la mujer que el hombre es ciego,
como se prueba el oro por el fuego
y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
de huir la acción, cuando impensadamente
la voz de una mujer que suena al paso
se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
cuando tenía apenas
la edad en que en las venas
la sangre juvenil toca á rebato;
mas no me dió ventura
la suerte para mí siempre enemiga,
ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
pues ví con amargura
que, así como el placer da en la fatiga,
la abstención del amor da en la locura.

IX

Y como es el humano sentimiento
una gran colección de ecos dormidos
á los cuales despierta en un momento
en el mundo inmortal del pensamiento
cualquier cosa que llama á los sentidos,
una mujer, un pájaro, un acento,

admirado y sensible
con sed inextinguible
mudé de amor y cultivé las artes;
mas bebí en todas partes
la eterna tentación de lo imposible.

X

Después busqué el saber; mas tú no creas
en la base eternal de los derechos,
pues, pese á las ideas,
llevan el mundo á puntapiés los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznales,
pues, excepto la fe, que encuentra apoyo
del cielo en los abismos insondables,
solamente las piedras del arroyo
pueden tener principios inmutables.
Yo con fe verdadera
apuré del saber la ciencia entera.
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
lo que ve en su interior, eso ve fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,
hacer de mis deberes sentimientos,
porque á fuerza de penas y escarmientos
troqué mis sentimientos en deberes;
y es que los corazones
en las cosas humanas
presumen ver lo real, viendo visiones,
y los ojos, más que ojos, son ventanas
donde á mirar se asoman las pasiones.

XI

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mía?
Dudar y más dudar; tanto, que temo
que he de ser algún día
como Esquilo apedreado por blasfemo;
y después de dudar, no he hallado el modo
de desechar el tedio,
pues en un mundo de ignorancia y lodo,
no cabiendo en la fe término medio,
ó se cree todo, ó se desprecia todo.
Por eso, con el alma destrozada,
tras una juventud desvanecida
llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
y en mi ansia de saber indefinida,
buscando lo infinito de la vida,
sólo hallé lo infinito de la nada!

XII

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
el caminar por el izquierdo lado
es igual á marchar por el derecho.
Para purgar la pena del pecado
Dios hizo así este mundo malhadado,
y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.

Jamás dieron la paz á mi conciencia
ni la ambición, ni el arte, ni la ciencia;
y corriendo de Oriente hacia Occidente,
ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente
pude alcanzar de la ventura el precio;
y al bien y al mal, también indiferente,
hasta me ví abrumado tristemente
por mi propio desprecio,
pues fuí bueno, y me hallaron inocente,
quise ser malo, y me encontraron necio.

XIII

¡Ah! ¡feliz el que olvida
que en el mundo no hay dicha verdadera;
y dichoso también el que en la vida
sufre, llora y trabaja, pero espera!
¡Espérrar! ¡Espérrar! ¿Tendré la suerte

de encontrar la ventura apetecida,
al librarme la muerte
de este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fe me llevará mañana
á la inmortal Jerusalén divina,
ya que no hallé la senda que encamina
á la ciudad de la ventura humana!
Y aunque la suerte aquí la espero en vano,
si abajo hay una dicha como arriba,
ruega á Dios, Cayetano,
que, si no es un arcano,
en un término breve y perentorio,
alguna alma piadosa se lo escriba
á Madrid, que es emporio
de todas las desdichas de este mundo,
Cortes, ocho, segundo,
á RAMÓN CAMPOAMOR Y CAMPOSORIO.

POR DONDE VIENE LA MUERTE

POEMA EN UN CANTO

Á mi muy querida amiga Eugenia Mac-Crohon y Barutell

I

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,
¡gloria de los Mac-Crohones!
era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
de tu rostro hechicero,
mostraba, como tú, con mezcla rara,
la realidad de lo ideal su cara,
lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que también tenía
ojos azules irisados de oro,
que juntando al talento la alegría,
añadía un tesoro á otro tesoro.
Modelo de esos seres ideales
que abrigan en su propio pensamiento
tal horror por las cosas materiales,
que tienen que bajar del firmamento
para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
de castas soñadoras
á quienes nunca afligen
de la vida mortal las tristes horas,

pues su dicha es soñada,
y en el sueño que eligen
siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
de grandes jugadores de ilusiones,
que exponiendo á menudo su destino
á la carta ideal de sus visiones,
alcanzan siempre en su pasión fingida
una dicha infalible,
pues si abruma lo real en esta vida,
lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
doctor en medicina y cirugía,
amante de lo real, y que discreto,
como aconseja Horacio, «coge el día,»
cree que el alma, si existe, está vencida
por la ley de las fuerzas naturales,
y que no hay más criterios en la vida
que los cinco sentidos corporales;
que el contento moral, más que un contento,
es de la pobre humanidad martirio,
y que el alma es el sueño de un delirio,
y el fruto de este sueño el pensamiento.